



DIÓCESIS DE CABIMAS

**Mons. Ángel Francisco Caraballo Fermín**

OBISPO

**HOMILÍA**  
**VIGILIA PASCUAL/08-IV-2023**  
**SANTA IGLESIA CATEDRAL.**

Queridos hermanos, ¡que el Señor les conceda una feliz Pascua, que a todos nos conceda una muy feliz Pascua!

Hace ya unos cuantos años, cuando era párroco, leí esta reseña, que nos expresa la importancia de esta celebración:

*“El día en que por vez primera llegaron los norteamericanos a la luna, el entonces presidente de Estados Unidos, Lindon Johnson, dijo por televisión: Hoy es el día más grande de la historia de la humanidad, cuando un hombre ha logrado pisar la luna. Pero al día siguiente, Billy Graham, un gran predicador, tuvo el coraje de decir por la misma televisión: “Siento vergüenza de ser norteamericano y pastor protestante y que el presidente de norteamericana, hijo de un pastor protestante, haya dicho la simpleza que dijo. Ese no es el día más grande de la historia. El día más grande fue cuando Dios se hizo hombre y puso los pies en la tierra. Pero más grande fue el día en que, encerrado en el sepulcro, resucitó. Ese sí es el día más grande de toda la historia. Ya hay un sepulcro y un cementerio en el mundo donde dice: No está aquí. Resucitó. Pero si Cristo resucitó, también nosotros hemos de resucitar”.*

Hemos cantando el Solemne Pregón Pascual a través del cual hemos manifestado nuestra gran alegría: *“Esta es la noche verdaderamente feliz, la noche más luminosa que el día, la noche en que se une lo humano con lo divino, la noche de Cristo, la noche del mundo entero, la noche del hombre nuevo”.*

Lo que caracteriza a la Pascua es lo nuevo. Cristo es el hombre nuevo, que surge del sepulcro para hacer un pueblo nuevo.

Hemos empezado las lecturas con la primera creación, el hombre primero. Pero terminamos con el relato del Evangelio: Cristo que sale del sepulcro, el hombre nuevo, la nueva creación.

Hemos empezado la liturgia bendiciendo el fuego nuevo. Después hemos encendido la luz nueva, símbolo de Cristo. Y en esa luz de Cristo hemos encendido también nuestro propio cirio, la luz nueva.

Dentro de un momento, vamos a bendecir el agua nueva. ¿No les parece, hermanos, que es la noche propicia para que todos nosotros nos hagamos hombres nuevos en Cristo Jesús por la fuerza del Espíritu? ¿No les parece que lo que el mundo está esperando de nosotros, los cristianos, es que reflejemos constantemente ese hombre nuevo al cual aspira la humanidad entera?

Esta noche, al renovar las promesas bautismales, vamos con los cirios encendidos en nuestras manos, vamos a comprometernos definitivamente con Cristo y con los hombres.

El hombre nuevo es el hombre de la luz. Esta noche hemos encendido nuestro cirio en la luz de Cristo y después nos hemos pasado esta luz. Es un signo de lo que tiene que ser nuestra vida. Un día hemos sido iluminados en Cristo por el Bautismo. *“Ustedes eran tinieblas - dice San Pablo - y ahora son luz en Cristo. Obren como hijos de la luz; las obras de la luz son la verdad, la justicia y el amor”*.

Pero no se enciende la luz para que la guardemos o para que la escondamos debajo de la cama. La luz se enciende para que ilumine nuestro camino, para que brille ante los hombres, para que penetre la oscuridad de nuestro tiempo. Y, a través de esa luz, podamos acercar a otros a Cristo, luz del mundo.

Ser luz del Señor es vivir por medio de la fe los acontecimientos de la historia, comprometer la fe en lo cotidiano, en la vida concreta, ser hombres de fe. Ser testigos de la luz es irradiar la fe, proclamarla y realizarla. El hombre nuevo es el hombre de la luz, es el hombre de la fe. El hombre nuevo es el hombre de la esperanza.

Esta noche es la noche de la esperanza pascual. Es la noche en que nuestros ánimos abatidos, cansados y pesimistas tienen que resucitar con Cristo y vivir el gozo de la esperanza. No nos apoyamos en nosotros mismos: somos pobres, flojos y miserables. Y no nos apoyamos tampoco en los hombres: vemos como tambalean y cambian.

Nos apoyamos únicamente en la Luz que es Cristo, en la seguridad y firmeza que es el Señor. Por eso, decimos con el Salmista: *“el Señor es mi luz y salvación ¿a quién temeré? El Señor es la luz de mi vida ¿quién me hará temblar?”* Y con San Pablo *“todo lo puedo en Cristo que me fortalece” “en Cristo somos más que vencedores”*

Y para que seamos, realmente, hombres nuevos, el Señor nos entrega su cuerpo y sangre, para que sea alimento que nos ayude a vivir auténticamente nuestros compromisos con él y con nuestros hermanos, especialmente con los más necesitados.

En estos días he recibido muchos mensajes de reflexión sobre la pasión y muerte de Nuestro Señor Jesucristo. Hay uno que me ayudó a realizar un profundo examen de conciencia de cómo he acompañado a nuestro Señor y que quiero compartir con ustedes. Se trata de una carta que nos escribe el Señor:

¡Hola! ¿Cómo estás? Yo me encuentro muy alegre, pues he resucitado, y me gustaría hablar contigo de lo que he pasado en estos días.

Resulta que el jueves, cuando estaba con mis amigos, entre ellos estaba uno que me traicionó (me vendió); pues sí, horas después, sin razón alguna, vinieron

unos representantes de la ley y me tomaron preso. En ese momento que me juzgaban y me acusaban, me preguntaba ¿dónde están mis amigos?

El viernes por la mañana, cuando me azotaban, me escupían y me insultaban, yo me preguntaba ¿Qué habrá sido de mis amigos?

Por la tarde, como a eso de la una, empecé a cargar una cruz en la que yo mismo sería crucificado; tuve que caminar mucho sintiendo el peso de los pecados del mundo; y aunado a esto, los insultos, salivazos y burlas de la gente que sólo me veían como espectáculo. Y seguía preguntándome ¿Dónde están mis amigos?

Cuando llegué al Gólgota, los soldados comenzaron a clavar mis manos en la cruz, y mientras la multitud continuaba las burlas, alcé la mirada y me di cuenta que sólo me acompañaba mi amigo Juan, María, mi madre, y algunas otras mujeres. Después de sufrir algunas horas, ofrecí mi dolor por tus pecados y morí.

Desde que fui entregado por Judas, negado por Pedro, crucificado por los soldados y acompañado por Juan y mi madre, me preguntaba: ¿a cuál de ellos te pareces? Reflexiona un momento en silencio y recuerda en que acciones me entregas, me niegas, me crucificas o acompañas...

Pero no te preocupes. No me importa cuál haya sido tu actitud. No te aflijas, porque hoy quiero que sea feliz, por eso me ofrecí y morí por ti. Porque te amo y te seguiré amando. Porque he resucitado en ti, quiero que sigamos juntos: quiero permanecer siempre en tu corazón. Que seas un vivo reflejo de mi amor, que ames a los demás como yo te he amado. Y que resucites en mí como yo he resucitado en ti.

Tu amigo de siempre, Jesús.

A todo ustedes, hermanas y hermanos, les deseo unas felices pascuas de resurrección con el deseo de que la paz, la vida y la esperanza reine en sus corazones. ¡Amén!

+ *Ángel Caraballo*  
† **Ángel Francisco Caraballo Fermín**  
**Obispo de Cabimas**



**Prot. 2023/059**